


SERIE TIEMPO DE PURGAS

La PASIÓN DE CRISTO



Reflexiones en la hora
más oscura de la historia

LA PASIÓN DE CRISTO

Reflexionemos en la hora más oscura de la historia

CONTENIDO

Cuando reinaron las tinieblas.....	2
La lucha de Cristo en las tinieblas.....	2
Dios en las tinieblas.....	4
Satanás en las tinieblas.....	8
Los discípulos de Cristo en las tinieblas.....	16
Los enemigos de Cristo en las tinieblas.....	25
El rechazo de las tinieblas ..	30
¿Quién mató a Cristo?.....	32

No hay momento en la historia que merezca una reflexión más sosegada que las horas del sufrimiento de Jesús justo antes de su muerte. Los ángeles deben haber guardado silencio mientras el Señor del universo sufría en dimensiones mucho mayores de lo que se pueda describir en la pantalla grande o en una escenificación.

Lo que sucedió en las oscuras sombras de olivares deformados y retorcidos puede llevar nuestro corazón, no sólo a un triste asombro, sino a toda una vida de gratitud.

En este librito, Herb Vander Lugt, usa los estudios de toda su vida y su ministerio pastoral para reflexionar en el significado de lo que el mundo está reconociendo una vez más como la pasión de Cristo.

Martin R. De Haan II

Título del Original: *The Passion of Christ*

Foto de la cubierta: «Entombment» de Caravaggio

Las citas de las Escrituras provienen de La Biblia de Las Américas © 1986,1995,1997 by The Lockman Foundation.

© 2004,2009 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-58424-395-3

SPANISH

Printed in USA

CUANDO REINARON LAS TINIEBLAS

Es jueves por la noche en Israel. En un huerto en las afueras de las murallas de la ciudad de Jerusalén, la luna llena de la Pascua arroja sombras entre olivares marcados y retorcidos. Jesús ha recuperado su compostura después de un período de intensa angustia emocional. El refulgor de las antorchas y el ruido de muchos pies anuncian la aparición de soldados romanos conducidos por un grupo de líderes religiosos. Han venido a arrestar a Jesús por cargos de blasfemia. Un hombre llamado Judas se adelanta unos pasos e identifica a su amigo y maestro con un beso de traición. Jesús confirma: «Yo soy». Al oír estas palabras, el grupo que viene a arrestarlo retrocede y cae a tierra. Jesús los reprende suavemente, pero les permite

que se lo lleven. Al hacerlo dice: «Pero esta hora y el poder de las tinieblas son vuestros» (Lucas 22:53).

Este fue el inicio de la hora más oscura de la historia. Pero en la oscuridad, Dios estaba obrando.

Este arresto de Jesús marcó el inicio de la hora más oscura de la historia. Pero en la oscuridad, Dios estaba obrando.

LA LUCHA DE CRISTO EN LAS TINIEBLAS

Juan Wesley dijo de los seguidores de Cristo: «Nuestra gente muere bien». Muchos sí lo hacen, incluso en los peores momentos. La historia habla de hombres y mujeres que

permanecieron serenos, y hasta gozosos, mientras se enfrentaban a su martirio. Millones han optado con calma por la tortura y la ejecución antes que ser desleales a su Salvador. Sin embargo, por un período de tiempo en el Huerto de Getsemaní, Jesús no mostró dicha compostura. Los relatos de los Evangelios lo describen profundamente perturbado la víspera de su juicio y crucifixión. Pidiéndoles a Pedro, Jacobo y Juan que lo acompañaran y oraran por Él, se separó de ellos una corta distancia, cayó al suelo y oró. Pero en vez de permanecer mucho tiempo en oración como lo había hecho con frecuencia en el pasado, regresó al poco tiempo a sus discípulos, aparentemente porque necesitaba su compañía. Esto lo hizo tres veces. Según el autor de Hebreos, «[ofreció] oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas» (5:7).

Hay quienes han visto algo malo en la agitación de Jesús.

Algunos han comparado su angustia con la determinación de Sócrates, de quien se dice que obedeció con calma la orden de matarse tomando cicuta. Critican el clamor de Jesús desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27:46), diciendo que refleja una desilusión devastadora y una desesperación total. Pero en su propia oscuridad, muchos han cerrado los ojos al significado de lo que aconteció esa noche y al día siguiente. No se han dado cuenta de que Dios y Satanás estaban, en ese momento, involucrados en la crucial batalla de la guerra de los siglos.

En las páginas siguientes veremos cómo tanto Dios como Satanás, junto con los discípulos y enemigos de Jesús, fueron todos contribuyentes a la indescriptible angustia que Jesús soportó aquel oscuro jueves por la noche y el más oscuro aún «viernes santo».

DIOS EN LAS TINIEBLAS

Los padres amorosos hacen todo lo posible por proteger a sus hijos de un dolor innecesario. Pero según la Biblia, Dios el Padre intensificó deliberadamente la angustia mental y el dolor físico de su Hijo durante las últimas 15 horas de su vida. Isaías 53:9-10, escrito unos 700 años antes, dice: «...aunque no había hecho violencia, ni había engaño en su boca. Pero quiso el SEÑOR quebrantarle, sometiéndole a padecimiento...» Unos 25 años después de la crucifixión de Cristo, el apóstol Pablo escribió: «Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él» (2 Corintios 5:21).

Esas son palabras espantosas. ¿Por qué Dios iba a «quebrantar» intencionadamente a su Hijo inocente? ¿Qué quiso decir Pablo con eso de que Dios «al que no conoció

pecado, le hizo pecado por nosotros»? Para contestar esas preguntas y comenzar a entender el sufrimiento de Getsemaní debemos examinar el significado de la palabra *muerte* en Romanos 6:23: «Porque la paga del pecado es muerte...».

...aunque no había hecho violencia, ni había engaño en su boca. Pero quiso el SEÑOR quebrantarle, sometiéndole a padecimiento...

—Isaías 53:9-10

VEAMOS NUESTRA NECESIDAD

Como «paga del pecado», la «muerte» involucra más que el proceso físico de morir. El elemento más importante en la «muerte» como «paga del pecado» es espiritual, más que físico. A

los cristianos de Éfeso Pablo escribió: «...a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo...» (Efesios 2:1-2). Note que los efesios estaban «muertos» mientras vivían. Según la Biblia, toda persona antes de la salvación está espiritualmente alienada de Dios. Esa es la razón de la súplica de Pablo: «¡Reconciliaos con Dios!» (2 Corintios 5:20). Con el objetivo de redimirnos y hacer que fuera posible para nosotros estar espiritualmente vivos —en contacto con Dios— Jesús, como nuestro sustituto, tuvo que sufrir la muerte tanto física (separación del alma y el cuerpo) como espiritual (separación o alienación de Dios).

Cuando la gente rechaza el evangelio permanece espiritualmente muerta. Y cuando entran en la eternidad, solos y sin Cristo, experimentan la «segunda muerte» (Apocalipsis 20:14). Esta separación eterna de

Dios forma la esencia del infierno. Por tanto, cuando Pablo dijo que Dios «hizo pecado por nosotros» a Jesús, quiso decir que Dios trató a su Hijo sin pecado como si fuera pecador.

***Cristo nos redimió
de la maldición
de la ley, habiéndose
hecho maldición
por nosotros (porque
escrito está: maldito
todo el que cuelga
de un madero).***

—Gálatas 3:13

Hizo que Jesús experimentara la muerte física y la desolación del infierno (la segunda muerte). En Gálatas 3:13, Pablo expresó esta verdad cuando escribió: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros (porque escrito

está: maldito todo el que cuelga de un madero)».

SACRIFICIO POR NOSOTROS

Con esto en mente, regresemos a Getsemaní. Vemos a Jesús «afligid[o], hasta el punto de la muerte» (Mateo 26:38). Estaba muy angustiado. Muchas veces había pasado largas noches conversando con su Padre y buscando fortaleza en Él. Pero aquella noche era distinta. Tres veces se levantó para buscar a sus discípulos. Pero lo que percibió fue que su Padre estaba comenzando a retirarse de Él. Esa era la «copa» que temía (v.39). Sería mucho más fácil para Él sufrir el dolor físico asociado con la muerte si lo podía hacer mientras mantenía la comunión con su Padre.

Lucas describió únicamente la tercera oración de nuestro Señor, pero añadió un detalle que no se menciona en ninguna otra parte: «Entonces se le apareció un ángel del cielo,

fortaleciéndole. Y estando en agonía, oraba con mucho fervor; y su sudor se volvió como gruesas gotas de sangre, que caían sobre la tierra» (Lucas 22:43). Note que la llegada del ángel lo fortaleció y aumentó su angustia. Por otro lado, el ángel aparentemente ayudó a Jesús asegurándole que, aunque el Padre debía retirar su presencia, las huestes del cielo estaban observándolo asombrados y sin aliento. Por otro lado, la llegada del ángel aumentó su angustia, tal vez porque le llevó a su alma la realidad de que Dios de verdad se estaba retirando de Él. En vez de hablarle directamente, el Padre habló por medio de uno de sus siervos. Jesús estaba empezando a experimentar la desolación del infierno.

Sí, había optado por someterse al dolor y la vergüenza que le esperaban sin la ayuda de su propio poder divino, sin el consuelo del Espíritu Santo, y sin el apoyo de su Padre celestial.

Unas 14 horas después, luego de casi seis horas en la cruz, la intensidad de la angustia espiritual de nuestro Salvador arrancó de Él el grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34).

***Para redimirnos
fue necesario que
el Hijo pasara
por una dura prueba
sin pecar, y sufriera
la muerte en todo
su horror.***

Después de recibir un trago de vinagre de manos de un soldado romano, Jesús se dio cuenta de que había vaciado la copa de la ira de Dios contra el pecado. Esto trajo un grito triunfante de sus labios: «¡Consumado es!» (Juan 19:30). Todo lo que le restaba por hacer era morir físicamente: «Padre, en tus

manos encomiendo mi espíritu» (23:46). Incluyó la cabeza y entregó el espíritu (Juan 19:30).

Al reflexionar en esta escena, no podemos dejar de pensar en el dolor que el Padre y el Espíritu Santo han de haber sentido al ver al Hijo, el otro miembro de la eterna Trinidad, sufrir y morir como lo hizo: abandonado y solo. ¡Cuánto deben haber deseado acercarse!, tocarlo y decir: «Estamos aquí contigo». Pero para redimirnos, fue necesario que el Hijo, quien se había convertido en miembro de la familia humana, pasara por una dura prueba sin pecar y sufriera la muerte en todo su horror. ¡Qué amor tan increíble!

SATANÁS EN LAS TINIEBLAS

El archienemigo de Dios también tuvo parte en el terrible sufrimiento de Jesús en Getsemaní. El que una vez fuera el más exaltado de todos los seres creados por Dios, Satanás dirigió una rebelión contra el Dios de los cielos en tiempos prehistóricos. La Biblia no nos da detalles, pero las misteriosas odas al rey de Babilonia en Isaías 14 y al rey de Tiro en Ezequiel 28 aparentemente contienen alusiones a la caída de la oscura criatura que estaba manipulando a estos reyes para sus propios propósitos siniestros.

El príncipe de las tinieblas aborrecía indudablemente a Jesús porque conocía el doble propósito de su misión: «[salvar] a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21) y «destruir las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

EL PELIGRO DE LA CRUZ

Yo no creo que el diablo y sus demonios se regocijaron cuando Jesús estaba siendo clavado en la cruz. Ellos lo querían muerto, pero no crucificado. Sabían que si Cristo iba a la cruz pagaría el precio por el pecado y rompería el poder de la muerte. Seguro que el príncipe de las tinieblas tuvo parte en la orden del rey Herodes de matar a todos los bebés de Belén (Mateo 2:16). Es posible que también tratara de matar a Jesús en Getsemaní cuando su dolor interno era tan grande que «su sudor se volvió como gruesas gotas de sangre» (Lucas 22:44). Sin embargo, parece que el enemigo de Dios empleó la mayor parte de sus energías en intentos repetidos de impedir que Jesús hiciera un sacrificio perfecto. Ese era claramente su fin cuando él y Jesús, por designio divino, se enfrentaron en el desierto. Después de describir el

bautismo de Jesús, Marcos dijo: «Enseguida el Espíritu le impulsó a ir al desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás» (Marcos 1:12-13).

INTENTO DE IMPEDIR QUE SE HICIERA UN SACRIFICIO PERFECTO

La primera tentación de la que sabemos ocurrió después que Jesús había estado en el desierto sin comer durante 40 días. Sabiendo que tenía muchísima hambre, Satanás se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan» (Mateo 4:3). Apremió a Jesús a ejercer su propio poder sin tomar en cuenta la voluntad del Padre. Jesús contestó citando Deuteronomio 8:3: «...el hombre no sólo vive de pan, sino que vive de todo lo que procede de la boca del SEÑOR».

En Deuteronomio, Moisés estaba recordando a los israelitas que Dios los

humilló haciendo que fuera necesario vivir de maná en vez de comida que ellos mismos se proporcionaban. Lo hizo para enseñarles a apoyarse en Dios y no en sus propios esfuerzos. Jesús vio su hambre como algo señalado por su Padre, por lo que decidió no satisfacerse tomando el asunto en sus manos. Había dejado de lado el ejercicio independiente de su poder como Dios para poder vivir como un humano frágil. Esto lo hizo para poder experimentar las pruebas de la vida igual que lo hacemos nosotros. Optó por depender de Dios igual que tenemos que hacerlo nosotros. Se negó a violar este compromiso satisfaciendo milagrosamente su hambre.

El segundo esfuerzo de Satanás de abortar la misión de Cristo fue menos sutil. Ya fuera sobrenaturalmente o en una visión, el diablo llevó a Jesús al lugar más alto del templo, tal vez donde sobresalía el valle del

Cedrón. Sugirió a Cristo que saltara —un salto de unos 137 metros— recordándole el Salmo 91:11-12: «...Él dará órdenes a sus ángeles acerca de ti... para que tu pie no tropiece en piedra». Satanás puede haber estado sugiriendo que el ver ángeles rescatar a Jesús de cierta muerte impresionaría tanto a las masas alrededor del templo que lo aceptarían instantáneamente como su Mesías prometido. Pero Jesús respondió citando Deuteronomio 6:16 «No tentaréis al SEÑOR vuestro Dios...».

El tercer intento del Diablo de impedir que Jesús fuera a la cruz fue más directo. Fue impetuoso y osado. Desde una alta montaña (reiteramos, o bien por su poder sobrenatural o en una visión), el diablo mostró a Jesús todos los reinos del mundo, diciendo que renunciaría a ellos con una condición: que Jesús

se arrodillara delante de él en adoración. Estaba dejando implícito que el fin justifica los medios. Sólo un acto de adoración, y Jesús podía alcanzar su meta: arrancarle a Satanás todos los reinos sobre los cuales reinaba como «príncipe» (Juan 12:31; 14:30; 16:11). Jesús no debatió su afirmación, sino que simplemente rechazó la oferta. Sabía que el mal nunca se puede vencer con el mal. Alejó al diablo citando otra vez de las Escrituras: «Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (Lucas 4:8; cp. Deuteronomio 6:13).

Lucas dijo: «Cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se alejó de Él esperando un tiempo oportuno» (4:13). El diablo había sido derrotado totalmente, así que dejó a Jesús... por el momento. Pero sin duda alguna trataba, siempre que veía la oportunidad, de persuadir a Jesús de que podía alcanzar su objetivo sin ir a la cruz.

HABLA POR MEDIO DE LOS AMIGOS DE JESÚS

Mateo 16:13-28 registra una conversación que describe un intento de Satanás de influenciar a Cristo a través de las palabras de un amigo cercano. Sucedió hacia el final de los tres años de vida pública de Jesús. Pedro, un discípulo fiel, acababa de hacer la gran confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (v.16). Jesús lo había halagado. Pero cuando Él «comenzó a declarar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas... y ser muerto, y resucitar al tercer día» (v.21), Pedro se horrorizó. ¿Cómo podía el Dios vivo permitir que eso le sucediera a su Hijo sin pecado? Así que «tomándole aparte [a Jesús], Pedro comenzó a reprenderle, diciendo: ¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá» (v.22).

Estoy seguro de que Pedro tenía buenas intenciones. Amaba a Jesús. Creía que su

Maestro era el Mesías-Rey prometido que pronto establecería su reino en la tierra. Así que debe haberse sorprendido con la dura respuesta de Cristo: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (v.23). ¡Qué diferente de unos cuantos momentos antes! En vez de halagarlo, Jesús lo reprendió duramente, incluso llamándole «Satanás». Pedro se había convertido sin darse cuenta en una herramienta del diablo para poner lo mejor de su parte y disuadir a Jesús de ir a la cruz.

LA GUERRA DE LOS SIGLOS

La vida de Jesús en la tierra, desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, fue una batalla con el diablo, la batalla decisiva de la guerra de los siglos. Tenga en cuenta que uno de los principales objetivos de la venida de Cristo era «destruir las obras

del diablo» (1 Juan 3:8). Y Jesús no subestimaba a su enemigo. Durante la última semana de su vida terrenal, tres veces se refirió a Satanás como «el príncipe de este mundo» (Juan 12:31; 14:30; 16:11). La palabra que usó (*archon*) se usaba a menudo para denotar al más alto funcionario de un territorio o nación. Jesús sabía que había librado combate con la cabeza indisputable de un vasto ejército de espíritus caídos. Satanás era el líder del reino del mal, que es la antítesis misma del reino de Dios. Él y sus demonios habían convertido la creación buena que vino de la mano de Dios en un mundo loco e infestado por el pecado. Gracias a él, el mundo todavía es un lugar adonde los desastres naturales pueden matar a miles de niños inocentes, mientras dejan ilesos a miles de villanos. Es un mundo en el que la vida de personas decentes muchas veces está llena de dolor y desilusiones,

mientras las de los villanos se caracterizan por la salud y el éxito. Es un mundo adonde la gente buena muchas veces es víctima de personas deshonestas. Todo esto sucede porque Satanás es ahora el «dios de este siglo» (2 Corintios 4:4).

***El Señor de señores
entró en un territorio
que estaban
ocupando el diablo
y sus huestes.***

Por tanto, la enormidad del sufrimiento de Jesús en Getsemaní representa una «guerra de dioses». Jesús vino a «destruir las obras del diablo», y su agonía en el huerto representó una fase crucial y decisiva de su batalla con el «príncipe de la oscuridad».

Con su nacimiento en este mundo, el Señor de señores entró en un territorio que estaban ocupando el diablo

y sus huestes. El apóstol Juan escribió: «El mundo entero está bajo el maligno» (1 Juan 5:19). En las colinas de Galilea, en las calles de Jerusalén, y por último entre los olivares de Getsemaní, el Rey de reyes se enfrentó a todas las huestes del mal.

Por el camino hubo quienes trataron de colocar a Cristo al otro lado de esta batalla. Sin embargo, cuando alguien lo acusó de echar fuera demonios por el poder de Beelzebub contestó: «Y si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo puede entonces mantenerse en pie su reino?... Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros. ¿O cómo puede alguien entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no lo ata?» (Mateo 12:26-29).

Al atar al «hombre fuerte» (Satanás), Jesús ejerció su autoridad sobre el diablo y su esfera. Al sufrir en Getsemaní

y morir en la cruz, Cristo nos dio una base para orar: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10).

***Ya está aquí el
juicio de este mundo;
ahora el príncipe
de este mundo será
echado fuera.***

—Juan 12:31

Al sanar a los enfermos, echar fuera demonios y resucitar a los muertos, Jesús entró en la esfera de Satanás y demostró su dominio sobre todas las fuerzas del mal. Con su muerte en la cruz y su resurrección, ató al enemigo. El diablo sabía esto. Así que intensificó su oposición a Jesús a medida que se acercaba la hora fatal. Puede haber desempeñado algún papel llevando al corazón de Cristo una profunda sensación de terror durante

la última semana de su ministerio terrenal. Ese terror le hizo exclamar: «Ahora mi alma se ha angustiado; y ¿qué diré: “Padre, sálvame de esta hora”? Pero para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre» (Juan 12:27-28).

***Cuando Jesús dijo:
«Consumado es»
y exhaló su último
aliento, había pagado
el precio total por
los pecados de todo
el mundo.***

Puesto que Él había dejado de lado el ejercicio independiente de sus atributos divinos, Jesús estaba sujeto a sentimientos de desmayo igual que lo estamos nosotros. Pero a pesar de que temía llevar sobre Sí la maldición del pecado, rechazó todo pensamiento de volverse

atrás. No obstante, necesitaba una palabra de su Padre en este momento. Entonces, después que hizo su petición: «Padre, glorifica tu nombre», su Padre respondió generosamente con una voz desde el cielo que dijo: «Y le he glorificado, y de nuevo le glorificaré» (v.28). A esto, Jesús dijo con triunfo: «Ya está aquí el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (v.31).

¿Qué quiso decir Jesús cuando usó la palabra *ahora* para describir la derrota de Satanás? Parece que su agonía en Getsemaní y su sufrimiento en la cruz no derribaron al enemigo. Satanás seguía activo 20 años después cuando el apóstol Pablo lo llamó «el dios de este siglo» (2 Corintios 4:4). Y 15 años después, Satanás todavía era una figura amenazadora, pues el apóstol Pedro dijo que «anda al acecho como león rugiente, buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8). Treinta años

después de que Pedro escribiera sus cartas, el apóstol Juan declaró que «todo el mundo yace bajo el poder del maligno» (1 Juan 5:19). Obviamente, Satanás todavía no ha sido «echado fuera» de la tierra. Sigue siendo un poderoso adversario. Pero Jesús no se equivocó. Por medio de su sufrimiento y su muerte dio el golpe mortal a Satanás y sus seguidores. Con su resurrección les hizo saber que su ruina es segura. Ellos saben que cuando Jesús dijo: «Consumado es» y exhaló su último aliento, había pagado el precio total por los pecados de todo el mundo. Es por eso que los demonios «tiemblan» cuando piensan en Dios (Santiago 2:19).

Satanás no tiene poder para causar daño eterno a los que están en Cristo. Esta verdad llevó a Pablo a escribir: «Y cuando estabais muertos en vuestros delitos... os dio vida juntamente con Él, habiéndonos perdonado todos los delitos, habiendo

cancelado el documento de deuda ...contra nosotros... y lo ha quitado de en medio, clavándolo en la cruz. Y habiendo despojado a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de Él» (Colosenses 2:13-15).

Satanás no tiene poder para causar daño eterno a los que están en Cristo.

Pablo presentó a Jesús ascendiendo como un conquistador poderoso, igual que un general victorioso que exhibe públicamente su victoria sobre sus enemigos dirigiéndolos por las calles de una ciudad, desarmados y encadenados. Satanás ha sido derrotado, avergonzado y desarmado por la cruz de Cristo y todo lo que le siguió. La realidad de esta victoria todavía no se ha realizado

plenamente. La misma espera un día posterior. Pero las fuerzas de las tinieblas saben que viene el día cuando la muerte será «devorada en victoria» (1 Corintios 15:54), y ellos serán «arrojado[s] al lago de fuego y azufre» (Apocalipsis 20:10). ¡Con razón Satanás hizo todo lo que pudo para impedir que Jesús acudiera a su cita con la muerte en una cruz!

LOS DISCÍPULOS DE CRISTO EN LAS TINIEBLAS

Es importante que examinemos más de cerca la forma en que 12 de los seguidores más allegados a nuestro Señor sin querer se convirtieron en instrumentos de Satanás en su batalla contra Jesús. Parece que Satanás tenía al menos dos objetivos al trabajar por medio de los amigos de Jesús. Primero, quería desesperadamente

convencer a Jesús de que los seres humanos no son dignos de todo lo que Él quería hacer por ellos. Segundo, odiaba tanto al Salvador que incluso si no alcanzaba su meta, podía aumentar el dolor y la vergüenza de su trayectoria a la cruz. Hemos de tener en cuenta que fue por medio de su muerte, no del sufrimiento físico y psicológico que la precedió, que Jesús pagó el precio por el pecado. Dios no era ni es un avaro que exige de Jesús una cantidad exacta de dolor que nosotros merecemos por nuestros pecados. El sufrimiento y la vergüenza que Jesús experimentó de camino a su muerte ocurrieron porque Dios permitió que el diablo hiciera todo lo posible por hacer daño a Jesús y ganara su batalla contra el Hijo de Dios. Este hecho explica la declaración que Jesús hizo a los que lo arrestaron en Getsemaní: «Pero esta hora y el poder de las tinieblas son vuestros» (Lucas 22:53). Vamos a seguir la pista a los

acontecimientos de esta parte de la historia en su orden cronológico.

LA APATÍA DE PEDRO, JACOBO Y JUAN

Jesús llegó al huerto de Getsemaní más o menos una hora antes de la medianoche. Pidió a ocho de sus discípulos que se sentaran y oraran. Luego tomó con él a Pedro, Jacobo y Juan, los llevó aparte en el huerto y les dijo: «Quedaos aquí y velad conmigo» (Mateo 26:38). Se alejó de ellos una distancia corta, cayó al suelo, oró, volvió adonde estaban los tres y los encontró durmiendo. Uno puede sentir su dolor en sus palabras: «¿Conque no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entréis en tentación» (vv.40-41). Él sabía que dentro de poco serían tentados a abandonarlo y huir.

El hecho de que repitiera la secuencia tres veces: orar, volver a sus discípulos

y hablar con ellos, indica claramente que algo raro estaba sucediendo. Por lo general Él podía pasar horas en comunión con su Padre, pero ahora anhelaba la compañía de los discípulos. La mejor explicación parece ser que percibió el principio de la retirada de su Padre de Él. Jesús, habiendo dejado de lado su gloria como Dios para convertirse en uno de nosotros, estaba profundamente perturbado al darse cuenta de que tendría que ir solo. Tenía que afrontar todo lo que le esperaba con la misma constitución emocional, la misma estructura corporal y la misma vulnerabilidad al dolor que nosotros tenemos cuando afrontamos pruebas menores.

Puede que entendamos el sueño de los discípulos. Es verdad que habían tenido un día sumamente agotador. Sí, era casi medianoche y tenían sueño. Pero deben haber sabido que algo raro y terrible estaba sucediendo. Su Maestro estaba en agonía. Se

espera que los amigos estén cerca unos de otros cuando saben que son necesarios. La falta de solidaridad genuina de parte de los discípulos aumentó la angustia de nuestro Salvador.

LA TRAICIÓN DE JUDAS

El nombre de *Judas Iscariote* es sinónimo de traición. Es el discípulo que llevó a los enemigos de Jesús hasta Él y lo identificó con un beso. Puesto que Jesús lo había escogido como a uno de los Doce, debe haber visto en él cualidades que también tenían los demás discípulos. Jesús lo había honrado haciéndole tesorero del pequeño grupo. Incluyó a Judas con los demás como uno de los Doce cuando los envió con «poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia» (Mateo 10:1). Pero este hombre que parecía tener tal potencial para el servicio en el reino de Cristo se convirtió

en instrumento voluntario del enemigo.

Cuando Judas vio que Jesús no estaba listo para establecer el largamente esperado reino, aparentemente se volvió amargado y comenzó a robar de la bolsa de dinero de discípulos (Juan 12:6). Jesús sabía lo que Judas estaba haciendo y era consciente de la traición que estaba planeando mucho antes de que la llevara a cabo. Anteriormente, Jesús había llamado a Judas «diablo» (Juan 6:70). Pero lo hizo de una forma que no dejaba que los demás supieran a quién se refería.

Temprano en la noche de ese jueves, Jesús declaró claramente que uno de los Doce estaba a punto de traicionarlo. Dijo que esa traición le haría a Él lo que un amigo cercano hizo a David tiempo atrás, citando el Salmo 41:9: «...El que come mi pan ha levantado contra mí su calcañar» (Juan 13:18).

Posteriormente esa noche, cuando Jesús celebraba la Pascua con los apóstoles, dio a Judas el lugar de honor a su izquierda, con Juan a su derecha. Esto explica por qué podía conversar con estos dos y no ser oído por el resto de los Doce.

Poco después de que empezaran a comer, Jesús identificó el traidor a Juan solamente mojado un pedazo de comida en el plato y dándoselo a Judas. Esta cortesía por lo general se percibía como un gesto de amor reservado para alguien especial. Yo creo que fue una apelación de amor por parte de Jesús, una súplica tierna para que se arrepintiera.

Una ola de emociones debe haberse apoderado de Judas en ese momento, pero había endurecido su corazón de tal manera que pudo resistir sus mejores instintos y llevar a cabo el mal que había en su corazón. Fue sólo después de que Judas hubo salido del aposento alto y llegó al punto de donde no se

regresa que Jesús se refirió a él como «el hijo de perdición» (Juan 17:12).

Judas no fue una víctima inocente del decreto preordenado de Dios. Era responsable de sus propias decisiones.

Judas no fue una víctima inocente del decreto preordenado de Dios. Era responsable de sus propias decisiones. Pudo haber actuado de otra manera. Si hubiera respondido a las advertencias veladas de Jesús con un cambio de corazón, las palabras de David en el Salmo 41:9 se hubieran aplicado únicamente a la propia experiencia del rey. No hubiera tenido más aplicación.

Al considerar la predicción de Jesús de que uno de los Doce lo traicionaría, debemos

tener en cuenta que esos anuncios acerca del futuro a menudo no tenían un plazo definido. Por ejemplo, por órdenes de Dios, Jonás proclamó al pueblo de Nínive: «Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada» (Jonás 3:4). Según el registro, eso es todo lo que Jonás dijo. No hizo ningún llamamiento al arrepentimiento ni prometió misericordia si ellos se arrepentían. Sin embargo, «vio Dios sus acciones, que se habían apartado de su mal camino; entonces se arrepintió Dios del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo» (v.10).

La experiencia de Ezequías ofrece otro ejemplo similar. Isaías le dijo: «Pon tu casa en orden, porque morirás y no vivirás» (2 Reyes 20:1). No dio indicación alguna de que esta declaración era condicional. Pero cuando el rey oró y lloró, el Señor detuvo al profeta antes de que éste se fuera del palacio y le dijo que regresara al rey con las buenas nuevas de

que había escuchado su oración y extendería su vida 15 años (vv.5-6).

Esos anuncios hechos por Dios en la Biblia son advertencias de lo que sucederá si las personas o las naciones a las que se ha hablado continúan en su presente curso. Dios ve el corazón y sabe lo que hay en él cuando se hace la advertencia. La presciencia de Dios no está en duda. Dios sabía lo que había en el corazón de Judas y lo que éste iba a hacer. Pero su presciencia no refrenó a Judas. Si él hubiera cambiado de parecer, hubiera confesado su pecado y hubiera procurado el perdón, Dios hubiera sabido eso de antemano también. Hubiera permitido a Judas continuar y convertirse en uno de los pilares de la Iglesia. Así es como trabaja Dios. Él no convierte a nadie en peón inútil en el tablero de ajedrez del destino. Todo lo contrario; «es paciente... no queriendo que nadie perezca,

sino que todos vengan al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9).

Como ya hemos visto, esa interacción de voluntad divina y voluntad humana existía incluso en tiempos del Antiguo Testamento. Por medio de su profeta Jeremías, Dios había dicho: «En un momento yo puedo hablar contra una nación o contra un reino, de arrancar, de derribar y de destruir; pero si esa nación contra la que he hablado se vuelve de su maldad, me arrepentiré del mal que pensaba traer sobre ella» (Jeremías 18:7-8). El hecho de que Judas se convirtiera en un «hijo de perdición» no fue obra de Dios. Este destino era consecuencia propia del discípulo.

También debemos tener cuidado de no pasar por alto el papel fundamental que desempeñó Satanás en este triste escenario. Antes señalamos que el hecho de que Jesús mojara su bocado en el plato y lo diera a Judas

era indicación de un honor especial. El apóstol Juan dijo que fue en ese mismo momento que «Satanás entró en él» (Juan 13:27). El diablo pudo hacer esto porque Judas ya le había abierto la puerta al conspirar la traición de Jesús. Sin duda alguna que fortaleció la resolución de Judas. Satanás puede haber esperado que este terrible acto perpetrado por uno de los propios discípulos de Jesús agobiara su espíritu de tal manera que lo llevara tal vez a decidir que no vale la pena pagar por la gente el precio que Él tenía que pagar por su redención.

Una cosa es segura: Satanás sabía que la oscura traición de un amigo aumentaría la carga de dolor que Jesús ya tenía sobre sus hombros. Ser traicionado por alguien a quien uno ama y en quien confía, alguien con quien ha compartido secretos, es una de las heridas más profundas de la vida. Se puede sentir el pulso de la tristeza en las palabras de

David: «Aun mi íntimo amigo en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, contra mí ha levantado su calcañar» (Salmo 41:9). Aquella era la hora de Satanás. Si no podía disuadir a Cristo para que no fuera a la cruz, podía al menos contribuir al dolor y la vergüenza del Salvador.

EL TEMOR DE LOS DISCÍPULOS

Otra cosa que aumentó el dolor de Jesús fue que todos sus amigos lo abandonaron. Según Mateo, cuando Jesús fue arrestado en Getsemaní, «todos los discípulos le abandonaron y huyeron» (26:56). Jesús les había advertido mientras iba de camino desde el aposento alto a Getsemaní: «Esta noche todos vosotros os apartaréis por causa de mí» (v.31). En lugar de responder a esta advertencia con humildad, Pedro se comportó de una manera impetuosa y confiado en sí mismo. Declaró osadamente que estaba listo para apoyar a Jesús, e incluso

morir con Él. «Todos los discípulos dijeron también lo mismo» (v.35). Pero «todos los discípulos le abandonaron y huyeron» (v.56).

Piense en cómo se sintió Jesús cuando lo abandonaron en el mismo momento en que su corazón humano tanto anhelaba el apoyo y aliento de ellos. Unos cuantos momentos antes, mientras estaba orando, percibió que su Padre se estaba retirando de Él. Dios tuvo que hacerlo para que Jesús pudiera convertirse en «pecado por nosotros» (2 Corintios 5:21). Ahora que los discípulos se habían ido, Jesús quedó privado hasta de compañía humana.

Recuerdo vivamente un incidente que me demostró cuánto puede significar la compañía humana cuando uno se halla frente a la muerte. Yo había pasado tiempo conversando y orando con un anciano soltero y estaba a punto de salir de la habitación. Pensaba volver, pues sabía que él no tenía

familia. Pero con el dedo me hizo señas para que volviera a su lado. No quería estar solo. Yo no podía dejarlo, ni siquiera unos minutos. Se calmó y rápidamente se durmió en Jesús.

Percibir la presencia de otra persona mientras se encara la muerte es una fuerte necesidad humana. Pero Jesús vio que durante las terribles horas que tenía por delante, hasta que exhalara su último aliento, estaría solo. Aquella era la forma de Satanás de añadir otro peso a la carga de dolor y tristeza de nuestro Salvador.

LAS NEGACIONES DE PEDRO

Pedro, el discípulo que en Cesarea de Filipo confesó tan noblemente que Jesús era «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16), agregó una carga más al sufrimiento del Salvador. Un poco antes, cuando declaró tan impetuosamente su valor, Jesús le advirtió: «En verdad te digo que... esta misma

noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces» (Marcos 14:30).

A pesar de su jactancia, él, igual que el resto de los discípulos, huyó cuando Jesús fue arrestado.

Sin embargo, Pedro no pudo abandonar a Jesús completamente. Manteniendo una distancia segura para no ser identificado como discípulo de Cristo, siguió al grupo que lo arrestó «hasta dentro del patio del sumo sacerdote» (v.54).

Una vez más trató de ocultar su identidad. Pero parece que debe haber parecido fuera de lugar entre los enemigos de Cristo. Tres veces, en rápida sucesión, fue confrontado por alguien que lo acusaba de ser uno de los seguidores del Señor. Cada vez negó toda relación con Jesús. La tercera vez, «él comenzó a maldecir y a jurar: ¡Yo no conozco a este hombre de quien habláis!» (v.71).

Lucas terminó la historia: «...estando él todavía

hablando, cantó un gallo. Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro la palabra del Señor, cómo le había dicho.... Y saliendo fuera, lloró amargamente» (Lucas 22:60-62).

Muchas veces me he preguntado qué vio Pedro en los ojos de Jesús. Estoy seguro de que no vio ira ni un frío desdén. Puede haber visto una mirada de desilusión. Pero sobre todo, creo que vio un abismo de dolor y un mar de amor en los ojos de Jesús. Esto quebrantó el corazón de Pedro y lo llevó a llorar amargamente.

Lucas dijo que cuando Jesús hubo advertido a su confiado amigo acerca de estas negaciones, comenzó diciendo: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle...» (22:31). La prueba que Satanás tenía en mente para Pedro iba a ser intensa, igual que la vigorosa sacudida del trigo en un cedazo para

separar los granos de la paja. Y puesto que esa era la hora del «poder de las tinieblas» (v.53), al diablo se le permitió libertad. El valor de Pedro falló y él hizo lo que nunca soñó que haría. Pero la oración de Jesús fue contestada: la fe de Pedro no falló. Nunca dejó de creer en Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios. Se arrepintió y posteriormente fue restaurado públicamente (Juan 21:15-19).

Pedro llegó a convertirse en el predicador intrépido y potente del Día de Pentecostés, el día en que nació la Iglesia (Hechos 2:141). Se convirtió en el líder del ministerio apostólico para los judíos. Escribió dos cartas que se han incorporado a las Escrituras del Nuevo Testamento. Soportó crueles persecuciones por su fe y murió como mártir. El diablo logró convertirlo en un instrumento para intensificar la tristeza y el dolor de Cristo cuando iba al Calvario, pero no pudo destruirlo.

LOS ENEMIGOS DE CRISTO EN LAS TINIEBLAS

Los enemigos de Jesús también aumentaron el sufrimiento de Getsemaní. Eso puede que no nos sorprenda. Después de todo, eso es lo que hacen los enemigos. Sin embargo, no debemos dar por sentado sus acciones. Estas también eran personas por las que Cristo estaba a punto de morir. También eran personas a quienes Él amaba mucho.

Desde medianoche más o menos hasta las 8 de la mañana, Jesús fue obligado a comparecer delante de una serie de jueces que permitieron que lo insultaran y abusaran de Él físicamente. Satanás probablemente esperaba que ese terrible tratamiento, por parte de las mismas personas a quienes Jesús había venido a salvar, lo convencería de tomar un camino más fácil que la cruz. En cualquier caso, podemos

estar seguros de que Satanás se alegraba del sufrimiento adicional que todo este abuso estaba acumulando a su odiado adversario.

JUICIOS ANTE ANÁS, CAIFÁS Y EL SANEDRÍN

Ser llevado delante de Anás (Juan 18:13) era una gran indignidad. Anás no era un sumo sacerdote ordenado por Dios. Ni siquiera era descendiente de Aarón. Había obtenido el puesto por medio de una intriga política, el cual había ocupado desde el año 6 d.C. hasta el año 15 d.C., y lo había pasado a miembros de su familia. Su yerno Caifás era en ese momento oficialmente el sumo sacerdote. Pero Anás todavía tenía el control, tanto que se le llama «sumo sacerdote» en Juan 18:19. Anás trató a Jesús con desdén, sujetándolo a un proceso interrogatorio ilegal, y no presentó objeción alguna cuando un guardia del templo abofeteó a Jesús toscamente (vv.19-24).

Habiendo esperado tiempo suficiente como para que los 71 miembros del Sanedrín se reunieran con Caifás, Anás envió a Jesús a un juicio más oficial. El Sanedrín era el Concilio Judío Supremo. Estaba compuesto de principales sacerdotes, ancianos y escribas que eran expertos en la ley judía. El funcionario que presidía era el sumo sacerdote.

A Jesús lo llevaron delante de este grupo de hombres hostiles y lo sujetaron al testimonio de falsos testigos. Tuvo que observar la hipócrita muestra de piedad de Caifás cuando se rasgó las vestiduras en un gesto de horror y gritó: «¡Ha blasfemado!» (Mateo 26:65). Tuvo que escuchar a los miembros del Sanedrín que se habían reunido para llevar a cabo un complot en vez de un juicio justo gritar: «¡Es reo de muerte! (v.66). Tuvo que permitir que crueles guardias le escupieran la cara, lo golpearan con los puños y jugaran su malvada versión de la gallinita ciega tapándole

los ojos, abofeteándole y desafiándolo a decirles quién lo había hecho (vv.67-68). Pero Jesús lo soportó todo porque estaba decidido a lograr su objetivo: la salvación de los mismos pecadores que estaban abusando de Él.

Jesús sabía por las Escrituras del Antiguo Testamento que lo tratarían de esa forma. Y todo ese maltrato fortaleció aun más su determinación. Satanás pudo aumentar el sufrimiento camino a la cruz, pero eso fue todo lo que pudo lograr.

JUICIOS ANTE PILATO Y HERODES

Aunque el Sanedrín ya había determinado que Jesús debía morir, se reunieron de nuevo temprano en la mañana para tomar una decisión oficial acerca de cómo iban a presentar el caso a Pilato, el gobernador romano de esa región (Marcos 15:1; Lucas 22:2). El Sanedrín no tenía poder para ejecutar a nadie sin permiso de Roma (Juan 18:31). Así que los guardias

llevaron a Jesús hasta Pilato, y los líderes judíos formularon sus cargos. En un momento determinado, Pilato anunció su veredicto: «No encuentro delito en este hombre» (Lucas 23:4). Esto hizo rabiar a los conspiradores. Declararon que Jesús había comenzado en Galilea y había propagado su peligroso mensaje por toda la región (v.5). Al escuchar que Jesús era Galileo, Pilato vio la manera de salir del lío en que se había metido. Mandó a Jesús a Herodes Antipas, el gobernador judío de aquella región. Tal vez él podía manejar el problema.

Herodes Antipas había sido nombrado por Roma para que fuera tetrarca de Galilea y Perea después de la muerte de su padre en el año 4 a.C. Instigado por su esposa, Herodías, decapitó a Juan el Bautista. Hombre supersticioso, había querido ver a Jesús para satisfacer un temor interno que tenía de que Él pudiera ser Juan que volvió de los muertos (Lucas 9:7-9). Atosigó a Jesús

con preguntas, pero Jesús permaneció callado. A esto, «Herodes, con sus soldados, después de tratarle con desprecio y burlarse de Él, le vistió con un espléndido manto y le envió de nuevo a Pilato» (23:11).

Pilato odiaba a los líderes judíos y en realidad no quería ordenar la crucifixión de Jesús. Volvió a declarar la inocencia de Cristo (vv.14-15). En un esfuerzo por satisfacer la hostilidad judía ordenó que azotaran a Jesús. El látigo que se usaba para este propósito consistía en varias tirillas de cuero llenas de trocitos de metal. Esto arrancó trozos de carne de la espalda de Jesús. Pilato luego permitió a sus soldados sadistas que se complacieran en la burla colocando una corona de espinas en la cabeza de Jesús, vistiéndolo con vestiduras reales color púrpura, saludándolo como al Rey de los judíos, y luego rindiéndole homenaje golpeándolo en el rostro en vez de besarle la mejilla. Después ordenó

que sacaran a Jesús delante de la multitud sedienta de sangre y dijo: «¡He aquí el Hombre!» (Juan 19:5). Lo que quiso decir probablemente fue: «¡Miren a este pobre hombre! ¿Cómo puede ser una amenaza para nadie? ¿No creen que ya ha sufrido bastante?» Pero ni siquiera ver a Jesús con una túnica púrpura ensangrentada sobre la espalda y una corona de espinas en la frente que le hacía correr vetas de sangre por su cara maltratada produjo piedad alguna. La respuesta fue: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!» (v.6). Al poco tiempo, Pilato cedió a la presión y «le entregó a ellos para que fuera crucificado» (v.16).

Jesús salió llevando el madero sobre sus hombros ensangrentados, pero parece que estaba tan exhausto y debilitado por la larga noche de abuso y la pérdida de sangre por los azotes, que al poco tiempo se derrumbó bajo su peso. Los soldados romanos obligaron a Simón,

un judío que había venido desde Cirene a celebrar la Pascua, a llevar el madero el resto del camino.

EL RIDÍCULO DE LOS ESPECTADORES

Ver a Jesús de camino a su crucifixión debe haber sido una experiencia alarmante para Satanás, pero no estaba listo para admitir derrota. Continuaba en sus esfuerzos por acumular sobre Jesús todo el dolor y la aflicción que pudiera. Volvió a probar la determinación de Cristo incitando burlas de parte de los mirones judíos y de los dos delincuentes entre los cuales estaba crucificado. Mateo escribió: «Los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: Tú que destruyes el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, si eres el Hijo de Dios, y desciende de la cruz. De igual manera, también los principales sacerdotes, junto con los escribas y los

ancianos, burlándose de Él, decían: A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es; que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él. En Dios confía; que le libre ahora si Él le quiere; porque ha dicho: “Yo soy el Hijo de Dios.” En la misma forma le injuriaban también los ladrones que habían sido crucificados con Él» (27:39-44).

El poder de escapar de la cruz estaba disponible para Jesús. Pero Él no iba a bajar, no podía bajar. El amor lo mantuvo en la cruz.

Satanás, sin duda alguna, esperaba que este desafío fuera demasiado como para que Jesús pudiera resistirlo. Allí estaba, pendiendo de una cruz en una condición

debilitada causada por todo lo que había pasado durante la noche y las primeras horas de la mañana. Y sin embargo, sus enemigos no estaban satisfechos.

En Getsemaní, Jesús había dicho que si se lo pedía a su Padre tendría a su disposición más de 12 legiones de ángeles (Mateo 26:53). El poder de escapar de esta oscura hora estaba disponible para Él. Pero Jesús no iba a bajar, no *podía* bajar. El amor lo mantuvo en la cruz.

Igual que en Getsemaní y durante el juicio, Satanás pudo aumentar el dolor de Jesús. Pero no pudo lograr su objetivo. No pudo inducirlo a faltar a su cita para morir en la cruz con el propósito de pagar el precio por el pecado, romper el poder de la muerte, y asegurar una victoria final sobre las fuerzas del mal.

EL RECHAZO DE LAS TINIEBLAS

En un sentido muy real, podemos resumir la obra de Jesús en la tierra en una palabra: *victoria*. Jesús sufrió en Getsemaní para rechazar las tinieblas que habíamos traído sobre nosotros mismos.

EL SUFRIMIENTO EN LA CRUZ COMO SALVADOR

Mientras Jesús pendía de la cruz debe haber parecido un perdedor, una víctima maltratada y ensangrentada. Aunque pronunció palabras agonizantes desde la cruz, no bajó cuando le desafiaron para que lo hiciera. Permaneció clavado a un madero hasta el momento de morir. Pendió allí como «el Salvador del mundo» (1 Juan 4:14). Había sido tentado y probado de todas las maneras concebibles «pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

Por medio de su vida sin pecado y de sus milagros, Jesús había demostrado su dominio sobre el diablo y sobre las fuerzas del mal. Había atado al «hombre fuerte» (Mateo 12:29). Sí, el diablo sigue siendo un enemigo poderoso y no ha admitido su derrota, pero ha sido derrotado. Así que, cuando nos sometemos a Dios y resistimos al diablo, podemos hacerlo huir (Santiago 4:7).

Sí, el diablo sigue siendo un enemigo poderoso y no ha admitido su derrota, pero ha sido derrotado.

LA MUERTE DE UN CONQUISTADOR

Los dichos finales de Jesús que pronunció desde la cruz fueron las palabras de un

conquistador. Después de tres horas de oscuridad, con triunfo clamó: *tetelestai*, que significa «consumado es». Sabía que había sufrido la desolación del infierno y vaciado la copa de la ira de Dios contra el pecado. Ya podía permitir que su Espíritu se separara de su cuerpo.

Pablo declaró que Jesús «canceló» el documento que «nos era adverso». Luego agregó con triunfo: «...y lo ha quitado de en medio, clavándolo en la cruz. Y habiendo despojado a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos por medio de Él» (Colosenses 2:13-15).

RESURRECCIÓN COMO VENCEDOR

Habiendo obtenido la victoria sobre Satanás al pagar en la cruz la pena por el pecado, Jesús proclamó esa victoria por medio de su resurrección. Gracias a su victoria en la cruz, «no era posible que Él quedara bajo el dominio

de [la muerte]» (Hechos 2:24). La muerte perdió su «aguijón» (1 Corintios 15:55).

ASCENSIÓN AL CIELO COMO INTERCESOR TRIUNFADOR

Cuando Jesús ascendió al cielo, entró triunfante y ocupó su lugar de exaltación universal. Vive para interceder por nosotros (Hebreos 7:25). Los que hemos sido reconciliados con Dios al confiar en Jesús tenemos garantizada la plena y final salvación «por su vida» (Romanos 5:10).

Vivimos en el ínterin entre su ascensión y su regreso. Él ya está reinando, pero su gobierno todavía no se ha manifestado plenamente. Un día, toda rodilla se doblará delante de Él y «toda lengua [confesará] que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:5-11). Esperamos ese día confiados, sabiendo que Jesús ya ha triunfado.

¿QUIÉN MATÓ A CRISTO?

Los Evangelios nos dicen que los líderes religiosos judíos rechazaron a Jesús y presionaron a Pilato, el gobernador romano, para que lo crucificara. Recientes representaciones del sufrimiento de Cristo han renovado los temores de que si miramos de cerca a quién mató a Cristo, vamos a avivar las llamas del antisemitismo.

Sin embargo, la respuesta no es negar ni ignorar la historia, sino examinarla detenidamente por completo. El hecho es que Jesús mismo era hijo de una judía, y todos los apóstoles eran judíos, como también lo era la gran mayoría de sus primeros seguidores.

Sus primeros seguidores eran tan judíos, que en realidad se ofendían cuando se incluía a los gentiles en la Iglesia como a iguales. Pablo, el gran apóstol de los gentiles, estaba orgulloso de su herencia judía y con gozo

señaló hacia el día futuro en que «todo Israel será salvo» (Romanos 11:26).

No necesitamos escribir la historia de nuevo. El prejuicio contra el pueblo judío por las acciones de algunos de sus antepasados es tan ilógico como culpar a todos los cristianos por lo que algunos seguidores mal guiados de Jesús hicieron en las Cruzadas. O como culpar a todos los alemanes por lo que hicieron los nazis. Hablando en sentido estricto, Jesús fue sentenciado por Pilato, un gobernador gentil. Fue ejecutado por soldados romanos. Sin embargo, a causa de nuestros propios pecados, todos tuvimos algo que ver en la muerte de Jesús como parte del propio plan de Dios para salvarnos de nuestros pecados.

Para recibir y disfrutar de los beneficios eternos de esa salvación, debemos creer y confiar en lo que Él hizo por nosotros en la cruz (Juan 3:16; Romanos 5:8-21).